

Jacques Bénigne Bossuet.

Filosofía política.

Estado e Instituciones en la Edad Moderna.

Deborah González Jurado, 2007-2008

Índice general del trabajo:

Índice, pág. 2

1. Introducción, pág. 3

1.1. Acercamiento a la obra de Bossuet y proyecciones historiográficas actuales sobre el siglo XVII, pág. 3

1.2. La historia dentro del Cristianismo. La visión de Bossuet, pág. 5

2. Objetivos y Metodología, pág. 6

3. Jacques Bénigne Bossuet y su tiempo, pág. 7

3.1. Breve biografía de Jacques Bénigne, pág. 7

3.2. Su vida como predicador y hombre público. La enemiga lanzada por Bossuet contra Fénelon. El quietismo en la corte de Luis XIV, pág. 9.

4. Selección de obras de Bossuet estudiadas, pág. 13

4.1. Oraciones Fúnebres, pág. 13

4.2. Meditaciones sobre el Evangelio, pág. 17

4.3. Discurso sobre la Historia Universal, pág. 17

4.4. Variaciones de las Iglesias Protestantes, Vol. 2, pág. 21

5. Conclusiones, pág. 23

6. Bibliografía, pág. 24

1. Introducción

1.1. Acercamiento a la obra de Bossuet y proyecciones historiográficas actuales sobre el siglo XVII

Podríamos definir la obra de Bossuet, como un minucioso cotejo de todos los aspectos y vericuetos de la política, el poder, y la religión católica, cuya finalidad consiste en hacer encajar todas las piezas que integran el gran *puzzle* de la Modernidad durante el siglo XVII. En efecto, como bien estudia la Historia, durante esta etapa de transición entre la Edad Media y la Contemporánea, elementos tradicionales medievales, y otros nuevos elementos emergentes, entran en colisión en las distintas esferas físicas y cognitivas esenciales del ser humano de la época. Según Peronnet, la Edad Moderna sería un marco de tránsito hacia la época Contemporánea. Tradicionalmente, el fin de la Edad Moderna ha sido establecido a partir de la Revolución Francesa y la destrucción del Antiguo Régimen, a finales del XVIII. Este Antiguo Régimen se hallaba, sin embargo en pleno apogeo de su existencia en Europa, más en el mismo país que lo derrotó, durante la época del autor que estudiamos para este trabajo.

Ya enunció Bacon, que la imprenta, la pólvora y la brújula, habían cambiado la faz del mundo. Pero es preciso rechazar la existencia de una evolución general y uniforme a lo largo del período moderno, ya que la sociedad tradicional conoció momentos de avance y otros de retroceso. No obstante, el siglo XVII es llamado el Siglo de la Ciencia, durante el cuál, los científicos comienzan a emplear un método basado en la observación y experimentación, al igual que surge el lenguaje matemático por la mano de Kepler. Pero simultáneamente, otros científicos, filósofos, teólogos y estudiosos, siguen pensando que el Universo es un mundo cerrado, regulado por el Más Allá, sujeto a la Providencia Divina.

Esta Revolución Científica, que permitirá que el siglo XVIII sea el Siglo de la Industrialización, se desarrolló justo antes de que tenga lugar el cambio en el modelo demográfico, en la organización social y en la actitud en relación con los valores religiosos.

Algunos autores como Albert Soboul, incluyen como uno de los factores principales que alteraron los cimientos del poder en Francia (1789) y abrieron el ciclo de las Revoluciones Burguesas; incluyen precisamente, la revolución demográfica y la insostenible presión de un exceso de población, sobre un territorio con recursos insuficientes para sostenerla. Tras varios intentos fallidos, Francia queda finalmente fuera de la carrera colonial. Esta carrera colonial francesa, de haber logrado un gran imperio, habría supuesto una válvula de escape a la presión social, económica y demográfica, generada en el país; pero al no producirse este hecho, se abre paso la Revolución.

Volviendo a la etapa precedente, que nos ocupa, tal vez este trabajo no debiera dejar de enfocarse desde el prisma de la Historia de las Mentalidades, ya que las conclusiones que se extraen de la obra de Bossuet, están relacionadas con ella. Como ya hemos señalado, la Edad Moderna constituye un marco de transición, de cambios. Sin entrar en demasiados detalles, mencionaremos algunas obras que pone a nuestra disposición la historiografía contemporánea para la comprensión de este momento

histórico. La corriente de Annales irrumpe con el pensamiento de autores como Fernand Braudel, que se ocupa del Homo Economicus en *El Mediterráneo*; aunque en el mismo sentido apunta el alemán Werner Sombart en *El Burgués, Introducción a la historia espiritual del hombre económico moderno*, los cambios de actitud que experimentan los hombres en el paso de la sociedad precapitalista a la capitalista o mercantilista. También trata Sombart, en esta obra, sobre las Iglesias reformadas y sobre el judaísmo en su influencia sobre la formación del nuevo espíritu capitalista.

A la escuela de Annales, debemos estudios como los de Roland Chartier, *El Mundo como Representación*, que analiza los cambios producidos entre la nobleza, que es atraída a la Corte en la etapa que tratamos; así como se adentra en una investigación sobre los nuevos modos de literatura popular que van surgiendo a medida que con la imprenta, la escritura va dejando de ser monopolio eclesiástico, para comenzar a producirse en talleres por casas editoriales privadas. En Francia, estas familias dedicadas al negocio editorial eran pocas y pertenecientes a la alta burguesía, y se realizan adaptaciones para el público vulgar, normalmente, recortando y readaptando obras clásicas de confirmado éxito. Chartier estudia para Francia, la Biblioteca Azul; y para España, los pliegos de cordel.

Así, mientras se difunde la literatura popular, el caso que nosotros abordamos es radicalmente opuesto a lo anterior. Jacques Bénigne Bossuet, escribe en el colmo de la exclusividad, para un solo lector, o para un grupo muy reducido y selecto, como más adelante veremos. Incluso es sabido, que la mayor parte de la obra de Bossuet fue publicada después de su muerte, ya que él mismo consideró vano acrecentar su fama como escritor.

Es en esta época moderna cuando surge también la Economía Mundo, según Pierre Chaunu, ya que a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo y su puesta en explotación, los fenómenos económicos trasvasan los límites continentales, para tener influencia en uno y otro lado del Atlántico, entre Europa y América; y un poco más adelante, en la relación de éstas y el Océano Pacífico.

Un autor que no debemos dejar de citar aquí, para mejor comprender los enmarañados factores, antiguos y modernos, que dominan el siglo XVII, es Michelle Vovelle, que con su obra *Ideología y Mentalidades*, nos clarifica muy acertadamente la diferencia entre los dos conceptos que integran el título, y la forma de funcionamiento de las mentalidades colectivas, que se reestructuran constantemente, a la manera que un tejado debe ser reparado. A medida que cambian los factores que mueven el mundo, así como desaparecen algunos, y aparecen otros nuevos, el hombre ha de ir adecuando su estructura mental, a la manera que en un tejado se repararían las tejas viejas con otras nuevas. Unas mentalidades van resquebrajándose y perdiendo su necesaria estructura tipo malla, es decir, sin fisuras, que explica el mundo en derredor y lo hace así asumible y coherente. A medida que se producen estos resquebrajamientos de la malla de la mentalidad colectiva (tejas viejas), es necesario incorporar nuevos elementos que vuelvan a dar unidad al tejido cognitivo y de autorrepresentación o autoconocimiento de una sociedad (tejas nuevas). Para que exista correspondencia entre una sociedad y su representación de sí misma, este tejido de la mentalidad colectiva, debe ser integral.

Interesantísimo resulta también poner en relación con este trabajo, la obra de otro historiador francés, Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*,

donde se hace un estudio detallado del cambio de mentalidad con respecto a la infancia, período de la vida al que se prestaba poca o casi nula atención durante la Edad Media, cuando el niño era separado de la familia e incorporado a la sociedad general muy temprano; pero que a partir de la Edad Moderna, va siendo tomado en consideración, dando lugar, al menos en las clases altas, a un período de liminalidad, en el que el niño va siendo tratado de forma diferente, con una especial indumentaria, convirtiéndose poco a poco, en nuevo centro sobre el que gira el hogar. En este libro, Ariès toma como referencia y ejemplo, la vida del pequeño Luis XIV en la Corte francesa, narrada por su médico oficial, que hizo apuntes diarios de la vida de este niño en el seno de la intimidad de la familia real, sus precocidades, y una serie de detalles sobre la infancia de este delfín, y la vida cortesana.

Para concluir este epígrafe, haremos mención de la obra de Mousnier, *El siglo XVII*, que se estructura según la evolución de los principales Estado-nación de la época, como son Francia, España, Alemania-Austria y los Países Bajos. Mousnier detalla las principales características del Estado moderno francés, que en su alta burocratización, emplea a los principales miembros de la aristocracia y la nobleza. Según este autor, ha de venir de aquí la vocación funcional de este país, que de alguna forma participa en el modelo español, en aquello relacionado con la economía, ya que también en Francia, se da la característica de la animadversión a las actividades productivas, comerciales y financieras, que retardan el desarrollo de la clase burguesa.

1.2. La historia dentro del Cristianismo. La visión de Bossuet

Para concluir esta introducción, y tratar de hacernos una idea de las bases del conocimiento preliminar, sobre el que nuestro escritor basa sus preceptos filosóficos, daremos un breve repaso a las vicisitudes del cristianismo y de su adaptación al cuadro histórico general; o más bien, su adaptación del cuadro histórico general a sí mismo.

Según Marrou, autor que investiga sobre el cristianismo, a diferencia de otras grandes religiones, que ofrecían a sus fieles un credo de proposiciones intemporales, el cristianismo se presentaba como una religión eminentemente histórica, que da una nueva cronología absoluta, partiendo desde sus comienzos, el año 0. Pese a este avance en el cómputo del tiempo, hasta ya bien entrada la Baja Edad Media, la Historia presentaba problemas básicamente metodológicos que impedían su avance, sobre todo por la inexistencia de una técnica crítica para probar la validez de las fuentes. En tiempo de Bossuet, esta práctica comenzaba a darse débilmente.

Durante el Trecento se darán dos factores que actuarán de forma decisiva intentando contrarrestar los factores negativos que lastraba la historia. Estos factores son, el mundo humanista y renacentista, y nuevos elementos no religiosos que condicionan y producen la Reforma protestante. La tarea de los humanistas, fue recuperar la tradición crítica de la Antigüedad y comenzaron a aplicar a los estudios, investigaciones filológicas a numerosos escritos importantes, como la Biblia y los de los Santos Padres. Entre estos primeros renacentistas contamos con Maquiavelo, el cual hubo de formar parte de los conocimientos del autor que estudiamos. Maquiavelo, escritor florentino, intentó descubrir causas y leyes del acontecer histórico, fue más adelante censurado por la Iglesia, aunque sus tesis seguían teniendo peso en algunos puntos.

La Reforma hace suyo el progresivo avance de la crítica histórica que habían llevado a cabo los humanistas. La técnica de la crítica se ha atrevido por primera vez con las cuestiones religiosas cuando Lutero inicia la Reforma. Este amplio debate internacional cristaliza en las Dietas Alemanas o el Concilio de Trento. Aunque las discusiones eran de orden teológico, continuamente trascendían al orden histórico, y así, los polemistas de ambos bandos, hubieron de profundizar en argumentos que sirvieran para justificar sus visiones. Ortodoxa, si eran partidarios de Roma, o heterodoxa, si eran disidentes. En estos debates se utiliza la *Sub Alternatio*, concepto de dialogar, interpretar las fuentes, validarlas o rechazarlas.

A partir de aquí comienza una época diferente. Durante el siglo XVII surge el Racionalismo, dirigido por Descartes. Bacon, con su empirismo, y Descartes, con el cartesianismo, excluyen la Historia del grupo de las verdaderas ciencias.

Es a partir de ahora cuando se inicia de nuevo la Reconstrucción de la historia. Renace el Providencialismo, que había surgido muchos años antes, en época de San Agustín. Dios está introducido en todas las referencias del quehacer humano. Parece que es en el agustinianismo, salvando bastantes siglos de diferencia, en la corriente en la que se encuadra a Bossuet, por considerar la mayoría de los autores, que no contribuye con aportaciones filosóficas, que no estuvieran ya presentes en San Agustín. Bossuet deja inferir en sus escritos una filosofía antirracionalista, que se separa del movimiento empirista inglés y del movimiento francés que va a dar lugar a la Ilustración.

En tiempos de Bossuet, surgen tímidamente las ciencias y técnicas auxiliares de la historia, como la Paleografía, de la mano del historiador Mabillon. Él mismo menciona estas técnicas auxiliares, que aún están en estado embrionario, por ejemplo en el Discurso sobre la historia universal, cuando advierte al Gran Delfín que no ha de sentirse abrumado por los entresijos y dificultades de la sucesión cronológica de los hechos, labor para la que ya están ocupados los cronólogos.

2. Objetivos y Metodología

El objetivo de nuestro trabajo es la aproximación a la obra y las ideas políticas de Bossuet, autor inserto en el grupo de los tratadistas franceses del siglo XVII, que siguiendo la metodología agustiniana, desarrolló una teología de la historia que contenía, así mismo, la ideología del absolutismo monárquico.

Para la confección de este trabajo nos hemos basado en cuatro de las obras de Bossuet, todas las que están traducidas al castellano, depósito de la Biblioteca General de nuestra Universidad de Málaga. Este método, si no deja de ser un tanto azaroso, resume la investigación, en cuanto que no se han utilizado las obras completas de este autor que sólo tenemos en francés; pero creemos que para este nivel de estudio, es igual de válido que cualquier otro atajo, al menos en lo que respecta a la adecuación de este trabajo a la asignatura que cursamos de Historia del Estado y las Instituciones durante la Edad Moderna. Otra forma de afrontar la labor, abarcaría un tiempo y un espacio muy superiores a los que disponemos.

Éstas obras que analizaremos someramente son: *Discurso sobre la Historia Universal, Oraciones Fúnebres, Meditaciones sobre el Evangelio y Variaciones de las Iglesias Protestantes*.

3. Jacques Bénigne Bossuet y su tiempo

3.1. Breve biografía de Jacques Bénigne

Nacido en 1627 y fallecido en 1704. Unos ocho años mayor que Luis XIV, fue sobrevivido por éste quince; es decir, sus vidas son prácticamente de una contemporaneidad total.

Bossuet formaba parte de una de esas familias dedicadas a la burocracia de la época. Son magistrados, y componen la nobleza de toga. Efectivamente, Bossuet procede de provincias, concretamente de la provincia de Dijon. Ésta es una ciudad destacada del centro-este de Francia, en la Borgoña; y después de París, uno de los centros culturales, históricamente hablando, más importantes del país. Ya durante la Edad Media, florecieron en Dijon tanto el románico como el gótico, siendo emblemática en el fenómeno de florecimiento urbano de la Edad Media.

Posiblemente pudo ser uno de los hijos menores de la familia, ya que Bossuet estuvo destinado desde un principio a servir en la Iglesia, ya que no habría de heredar las propiedades familiares. No obstante, es posible que la religiosidad de la familia de Bossuet fuese algo arraigado y sincero, porque su padre, al enviudar, también se ordenó sacerdote. Bossuet fue tonsurado a los 8 años de edad, según costumbre de la época, y obtuvo el decanato en Metz a la edad de 13. Allí recibió su primera formación clásica, en griego y latín. Metz es una ciudad no muy lejana a Dijon, en la Lorena. Esta ciudad, cercana al Sacro Imperio Romano, había oscilado entre su adscripción a aquél, o a Francia, hasta que en el siglo XVI, es integrada definitivamente por ésta. No es hasta más adelante, para cursar estudios superiores, cuando Bossuet se traslada a París, donde entra a formar parte de uno de los centros educativos más prestigiosos de la época, el Colegio de Navarra, fundado en 1304 por Juana de Navarra, esposa de Felipe IV de Francia. En este colegio fue formado también el célebre cardenal Richelieu, que dirigió los asuntos de estado durante el reinado de Luis XIII, reinado que queda calificado por nuestro autor como “desastroso”, en lo referente a sus ministerios, en una de sus oraciones fúnebres. En este centro estudió filosofía y teología.

Parece que en el momento que Bossuet acude a este colegio, era dirigido por los padres jesuitas. Aquí volvemos a observar una nueva correspondencia entre Francia y España en el ámbito cultural, ya que la orden jesuita fue creada por el español San Ignacio de Loyola un siglo antes, pero ya en éste XVII la vemos ampliamente extendida en el mundo entero, y firmemente consolidada en el país que tomará el relevo hegemónico en Europa, cuando el Imperio Español de los Austrias, ya no admita ninguna solución de esperanza. No en vano comenta Bennassar, en *Historia de la America Española y la América Portuguesa*, que durante el siglo XVI, construyó España el aparato jurídico más sofisticado de su tiempo, y atribuye a los españoles una preocupación jurídica muy acentuada, una especie de responsabilidad sobre los pueblos

que van conquistando, que la lleva a la necesidad de crear este cuerpo jurídico tan desarrollado.

Seguramente esta esmerada educación de Bossuet y un talento natural para la oratoria, destacarían pronto en ésta época de Luis XIV, llamada la Edad de Oro de la literatura francesa. Bossuet brilló entre los hombres de letras más célebres del momento. Además de orador y escritor ascético, fue universalmente conocido como historiador y filósofo. Fue representante ilustre de la Iglesia, por lo que tuvo que intervenir en cuestiones políticas, en las que el estamento eclesiástico se hallaba totalmente involucrado, ya que la diferenciación de atribuciones entre Estado e Iglesia, aún no estaba totalmente definida; antes al contrario, el Estado y la Iglesia, tanto a nivel nacional como internacional, mantienen un delicado equilibrio de simbiosis, en el que ambos se apoyan y sostienen, pero que puede incluir tensiones graves.

Bossuet fue muy bien considerado en la corte de Luis XIV como pedagogo o educador, ya que le fue asignada la formación del Gran Delfín de Francia, hijo de Luis XIV, y abuelo de Luis XV. Como libro de texto para el Delfín, escribe su *Discurso sobre la Historia Universal*, en el que profundizaremos más adelante. También con finalidad pedagógica, escribe las *Meditaciones sobre el Evangelio*, aunque ésta vez para aleccionar y regalar a las religiosas de San Francisco de Sales, fundador de la Orden de la Visitación de Santa María; y según el mismo Bossuet dice, este convento de Meaux para el que escribe, era el honor del Episcopado y luz de su siglo. Debía ser, pues, una congregación religiosa relevante en su tiempo, aunque recientemente creada, a principios de este siglo XVII. Él mismo sería nombrado obispo de Meaux a partir de 1681, fecha en que ya había sido cesado en el cargo de preceptor del Delfín, ya que había llegado la hora en que éste debía contraer matrimonio.

Esta localidad, Meaux, es uno de los 8 departamentos que, junto con París, integran en la actualidad la región francesa de *la Île-de-France* (Isla de Francia), en el centro-norte del país. Meaux dista sólo 26 millas de París, por lo que podemos suponer, que desde allí podría ser fácilmente solicitado y requerido en la Corte. Efectivamente, Bossuet había ascendido en su carrera eclesiástica. La primera vez que le vemos ostentar un cargo eclesiástico es como obispo de Condom, departamento del sur, cercano a los Pirineos, un tanto secundario con respecto a otros obispados franceses en aquel momento. Es el momento en que Bossuet escribe sus Oraciones Fúnebres. Su labor como escritor y apologista católico debió tener repercusión ya anteriormente, ya que es la misma Casa Real la que solicita sus servicios cuando fallece alguno de sus miembros, para que con su elocuencia haga lucir los funerales. Bossuet va ascendiendo en su carrera, pero ésta no es, en caso alguno, fulgurante ni rápida, sino una carrera lenta, conseguida palmo a palmo a base de méritos propios y de trabajo paciente.

Después de estos años en el sur, Bossuet es reclamado para la formación del Delfín, y cuando esta labor concluye, pasa a Meaux. No fue esta, una labor fácil, ya que aunque el obispado era importante y económicamente bien avenido, se daban allí algunos problemas internos. De esta época es su famosa lucha con la abadesa de Jouarre, Enriqueta de Lorraine, y su sucesora Ana-Margarita de Rohan-Sou-Bise. Parece que el monasterio era un foco de desórdenes, que se escudaban tras de una antigua bula papal de 500 años de antigüedad. El monasterio parece haber sido un baluarte de señoritas de la aristocracia, que vivieran un tanto relajadamente, y no según a las férreas normas éticas y escrupulosas reglas religiosas, que eran propias de la Edad

Moderna, una edad que podríamos calificar de más intransigente en cuanto a la aplicación de pautas morales, que la anterior Edad Media. Para implantar una reforma, en el disoluto monasterio, Bossuet recurrió a todos los medios a su alcance, apelando hasta al Parlamento de París.

Es también a partir de su toma de posesión del obispado de Meaux, a principios de 1682, cuando adquiere mayor relevancia política, ya que interviene en la Asamblea del Clero de Francia, en la que lee su discurso de los Cuatro Artículos sobre la cuestión de las regalías, para tratar de solucionar el conflicto entre Inocencio XI y Luis XIV. Es aquí donde encontramos la única contradicción de la vida de Bossuet con respecto a su visión teológica de la historia, con la que ha empaquetado sus escritos hasta entonces. Si había abogado tan alto y tan fuerte por la sagrada unidad de la Iglesia católica, ahora se inclina por el galicanismo, dejando en la oscuridad la infalibilidad del Romano Pontífice, aunque sigue defendiendo la indefectibilidad de la Santa Sede.

Podemos deducir que, a pesar de sus altos vuelos en la Corte y de su amplia carrera y mérito personal fuera de toda duda, a pesar de que su talento fue reconocido como incomparable y fueron admirados su nobleza de carácter y sus ideales, a pesar de que fue quizás el representante más ilustre de la Iglesia de su tiempo en toda Francia y Europa; a pesar de todo ello, Bossuet no llegó a ocupar ningún cargo realmente aristocrático en la jerarquía eclesiástica. Fue obispo, aunque no de París, sino que se le mantenía a una distancia prudencial, dentro y fuera de la Corte, en relación directa con la necesidad de sus servicios. No fue arzobispo o cardenal, por ejemplo. Tal vez su bajo nacimiento se lo impidió; o tal vez fue un hombre de fe, verdaderamente dedicado a su profesión, el sacerdocio. Quizás su moralidad fuese sincera, y esto hizo que no aflorara en él una ambición desmedida, o supo reprimirla, prefiriendo permanecer cercano a los pecadores, y dedicarse a sus funciones de predicador.

3.2. Su vida como predicador y hombre público. La enemiga lanzada por Bossuet contra Fénelon. El quietismo en la corte de Luis XIV

Parte de esta labor como predicador, quedó reflejada en un Triple Catecismo, publicado en 1687: uno para principiantes, otro más desarrollado, y el Catecismo de las fiestas y otras solemnidades y observancias de la Iglesia, al cual añade un par de años más tarde, un pequeño breviario de Oraciones eclesiásticas. Parece que ésta fue una de las pocas obras de la que él mismo impulsó su publicación, subrayando con ello su piedad religiosa, ya que su afán predicador supera aquí a su vanidad como escritor, a la que no quería sucumbir, por pretender que escribía para Dios y no para su gloria o fama personal.

Otra de sus intervenciones públicas más destacadas, además de las ya citadas de la reforma del monasterio de Jouarre y la de la Asamblea del Clero de Francia, es la disputa contra Fénelon. Esta disputa contra Fénelon resulta hartamente ilustrativa, ya que nos permite profundizar en el ambiente y las mentalidades de la época, cargado de ensayos espirituales, argumentos contrarios, choques de conciencias... Análisis deconstructivo que realiza esta sociedad, para emprender un redireccionamiento, de seguro tan necesario, como inminente estaba siendo el proceso histórico en su casuística. Sin duda, éste período de la Edad Moderna, fue también una etapa en proceso de aceleración de la historia y de percepción de la falta de sincronía del proceso histórico, que ya en el siglo XX tratará el historiador Piaget, ante la que los contemporáneos se plantearon muchas

cuestiones, ahondando acerca de los mismos cimientos de su sociedad, su tiempo y su mundo, sus necesidades espirituales.

François Fénelon, verdaderamente llamado François de Salignac de la Mothe, fue un noble aristócrata francés, del tiempo de Bossuet, unos veinte años más joven que éste, y diez o doce que el rey. La vida de François Fénelon, excepto por su alta cuna y por su ignominioso final, tiene grandes similitudes y paralelismos con la de nuestro autor, amigo que fue de él, y al que sin embargo, arrojó a la ruina, en pro de la ortodoxia de la fe católica. Podríamos decir que son vidas antagónicas y al mismo tiempo paralelas, que se tocan en un punto, debiendo quedar una de las dos destruidas.

Siendo niño, Fénelon fue educado de forma diferente a Bossuet, y en relación con su rango y las costumbres del momento, no acudía a ningún centro donde se impartiera enseñanza, sino que fue instruido en el Castillo de Fénelon, donde había nacido, en Périgord, Aquitania, antiquísima región del sur-oeste de Francia, donde la aristocracia hunde las raíces de su abolengo, hasta los tiempos del Imperio romano. La familia de Fénelon había participado en la política del reino desde largas generaciones atrás, reservándose casi de forma hereditaria, el obispado de Sarlat-la-Canéda, en el departamento de la actual Dordoña, cercano al castillo.

Tras estancias en las universidades y colegios más prestigiosos del país, va a parar, al igual que nuestro autor, Bossuet, a manos de los jesuitas, que vienen a retocar su ya elevada educación. Ambos autores se dedican a funciones pedagógicas y a la defensa de la teología católica. También Fénelon es escogido por Luis XIV, entre los intelectuales ilustres, para educar a uno de sus nietos, el Duque de Borgoña, que en esos momentos contaba siete años de edad. Debíó ser allí, en la misma Corte real, donde se conocieron los dos pensadores. En la amistad que en un principio surgió entre ambos, el mismo Bossuet, recomienda al joven Fénelon a Luis XIV para una misión delicada, como la de la educación de los hijos de hugonotes convertidos forzosamente tras la revocación del Edicto de Nantes. Esta misión, en ningún caso hubiese sido encomendada por Bossuet a un ministro de la Iglesia del que albergase alguna duda. Sin embargo, no es entre los círculos protestantes entre los que encontramos a Fénelon cayendo en la heterodoxia, sino en el corazón mismo de la Corte, entre los círculos católicos más piadosos y místicos, muy cercanos a la segunda esposa del rey, Madame de Maintenon, desposada en matrimonio secreto y morganático.

Como Bossuet, Fénelon disfrutó de muy afamada consideración por sus bellos discursos públicos; ambos gustaban de la poesía, y ambos fueron celebrados por el gran número de conversiones que consiguieron. Esto último, era en su momento, un mérito por el que disputaban entonces ilustres personajes de la época, tanto en esfuerzo empleado, como en éxito conseguido. Como ejemplo de esta empresa espiritual de obtención de nuevas conversiones a la que se dedicaron nuestros dos autores, citados para Francia, debemos mencionar aquí a la reina Enriqueta María, para el caso de Inglaterra, en estos tiempos de convulsiones religiosas y políticas, tiempos de cambio en las bases del poder. A esta desgraciada reina dedica Bossuet, la que es considerada por los críticos, una de sus mejores Oraciones Fúnebres, de la que más tarde hablaremos.

Sin embargo, Fénelon, de diferente carácter que Bossuet, debíó ser un hombre adiestrado por naturaleza y nacimiento para intervenir en las cuestiones políticas de primera línea. Podemos suponer, para Fénelon, un análisis perspicaz sobre la realidad

política del reino y sus debilidades; tal vez, a la manera en que Cervantes y Quevedo y otros intelectuales españoles, se anticiparon en la visión panorámica, realista y desesperanzadora, de lo que sería la fractura y cese del Imperio español. Podemos suponer que el alto nacimiento de Fénelon, le instaba casi por fuerza de la costumbre y tradición, a sentirse atribuido de justificación moral para, incluso, llegar a oponerse a la monarquía establecida.

Como nos explica *Chartier en el Mundo como Representación*, corriendo los tiempos que corrían, la antigua nobleza fortificada en sus castillos, autosuficiente y libre, poco diferente aún del mismo monarca, capaz de derrocarlo y establecer nuevas dinastías, como en tiempos merovingios; no era ya, más que un mito evocado y evocado por la sometida y burocratizada nobleza francesa, en el siglo XVII.

Todo esto, la alta cuna y el mito histórico; la religión católica y la moral intransigente de la época, con marcada y sostenida doble moral; la cercanía a círculos heréticos o reformados y a sus ideas, aún formando parte del bando ortodoxo; la aparentemente firme e ineluctible hegemonía del Rey Sol, y los agudos problemas subyacentes bajo el poderío de éste; el espíritu crítico de este jerarca eclesiástico y aristócrata, que hemos supuesto bajo los indicios antes indicados, ya que no hemos estudiado su obra con suficiente profundidad, puesto que ello se saldría de nuevo de los objetivos de este trabajo; todo esto debió ser un cúmulo de factores que influyeron sobre la personalidad de Fénelon, que parece ser, comenzó a practicar el quietismo, tal vez como forma de evadirse de una realidad política, quizás también vital, que se le hiciera insoportable.

Volvemos a hacer hincapié, en la que parece ser una estructura social basada en la pura contradicción. La asunción del quietismo, que fue el principio del fin de este pensador e intelectual, víctima posterior de Bossuet, sucedió a Fénelon en el mismo corazón de la Corte de Luis XIV. Vemos cómo en Versalles, a la vez que la política real intentaba restituir la unidad religiosa del reino en un titánico esfuerzo, que pasó incluso por las escenas más sangrientas, e iba radicalizándose al pasar los años; los cortesanos y cortesanas, practicaban nuevas corrientes místicas como ésta, expresamente prohibidas por el papa Inocencio XI.

Esto nos lleva de nuevo a observar, cómo en lo espiritual, Francia bebía en el siglo de su mayor esplendor, de fuentes teológicas e intelectuales españolas contemporáneas, entre las que ya hemos citado la doctrina jesuítica, además de este quietismo. Éste fue un movimiento místico surgido en el siglo XVII dentro de la misma Iglesia Católica, que arraigó pronto en España, Francia e Italia. Esta doctrina fue propuesta por el sacerdote y místico español, Miguel de Molinos en 1675, en una *Guía* que ensalzaba la pasividad en la vida espiritual y mística, ensalzando las virtudes de la vida contemplativa. Sostenía que el estado de perfección únicamente podía alcanzarse a través de la abolición de la voluntad, ya que será cuando el alma individual queda en absoluta quietud, sin razonar ni ejercitar cualquiera de sus facultades, cuando Dios entrará en contacto con el aspirante. Molinos fue apresado por la Santa Inquisición española en 1685 y condenado a reclusión perpetua, quedando su obra prohibida por el Santo Pontífice, como arriba hemos dicho.

Aún, al terminar sus funciones como preceptor del Duque de Borgoña, Fénelon es recompensado por Luis XIV según su rango y distinciones. Es ensalzado al puesto de

arzobispo de Cambrai, sede de la que fue importante archidiócesis durante la Edad Media, al norte de Francia, zona rica en recursos y desarrollo, también casi coincidente con el territorio histórico de los Países Bajos, como el caso de Meaux, otorgada a Bossuet.

Vemos cómo, en los casos de Fénelon y Bossuet, para similares servicios, la majestad de Luis XIV, dispensa diferentes retribuciones, ya que aunque en ambos casos se dispone un ascenso, éste es concedido en dos escalafones de la dignidad eclesiástica bien distintos. Bossuet sólo es recompensado con un obispado importante, mucho después de haber ejercido, antes de pasar al servicio directo del monarca, el mismo cargo. Fénelon, sin embargo, pasa a servicio del monarca, antes de haber ocupado cargos importantes en la jerarquía eclesiástica; sin embargo, cuando su servicio a la familia real termina, pasa directamente al cargo de arzobispo, sin haber pasado por el cargo de obispo. ¿Pudo ser esta diferencia en el alcance del agradecimiento real, la causa de que Bossuet lanzara su tenaz acción enemiga contra el arzobispo, hasta conseguir su ruina? En este caso, deberíamos plantearnos la revisión de la alta moralidad y la humildad de nuestro escritor y obispo. Tal vez, Bossuet, infatigable trabajador y activista del régimen establecido y de la universalidad de la fe católica, vióse superado y horrorizado por esta corriente quietista, que había fraguado en la Corte ante sus mismos ojos.

En fin, con los datos de los que disponemos, sólo podemos hacer vagas suposiciones, que podrían ser esclarecidas, con una investigación más profunda. El caso es que Fénelon, debido a los ataques de Bossuet, fue condenado por la Santa Sede por la publicación de una *Explicación de las máximas de los santos*, que debía estar imbuída de quietismo. Fue despojado de sus títulos y rentas y confinado en su diócesis de Cambrai. Es decir, ante la desviación doctrinal, pierde sus antiguos privilegios laicos, de nuevo interferencia e inversión entre las esferas civil y religiosa. Podemos imaginar lo que esto pudo significar para un hombre de tan ilustre cuna. Después de ello, Fénelon, todavía escribió tres obras desde su desgracia. Son *Las aventuras de Telémaco* (1699), *Fábulas*, y *Diálogos de los Muertos* (1700), críticas satíricas a la política de Luis XIV. Parece que estos escritos, tuvieron pervivencia durante los dos siglos siguientes. Fénelon sobrevivió a Bossuet, y falleció en 1715, unos meses antes que el rey.

El mismo año de 1699, en que Fénelon comienza su obra satírica, Bossuet había vencido una enfermedad que vuelve a reproducirse en 1703, ¿probablemente cáncer? Era anciano y contaba con 76 años de edad, por lo que los cirujanos no se atrevieron a intervenirle. Su muerte le es anunciada, y él encaja la noticia con ejemplaridad, intentando continuar su trabajo, mientras soporta con enérgica serenidad unos terribles dolores. Finalmente, fallece el 12 de abril de 1704, dicen que en plena actividad.

De la visión del cisma de las Iglesias protestantes por Bossuet, hablaremos al analizar su obra.

4. Selección de obras de Bossuet estudiadas

4.1. Oraciones Fúnebres

Las Oraciones Fúnebres de Bossuet son una recopilación de seis discursos publicados en orden cronológico, que el autor dio entre los años 1669 y 1687. Fueron discursos emitidos durante los funerales y sepelio de seis personajes importantes de la familia real, más el caso del estadista y ministro de la guerra francés Miguel Le Tellier.

La primera oración fúnebre es, según los analistas, una de las más brillantes. Tal vez el primer párrafo de ella defina y sintetice una de las ideas principales del pensamiento político de Bossuet:

“ Señor: Aquel que reina en los cielos, y del que dependen todos los imperios; aquel a quien únicamente pertenecen la gloria, la majestad y la independencia, es también el único que se glorifica dictando ley a los reyes y dándoles, cuando le place, grandes y terribles lecciones. Ora levante los tronos, ora los humille, ora comunique su poder a los príncipes, ora lo recoja en sí mismo, dejándoles solamente su propia debilidad, siempre les enseña sus deberes de una manera soberana y digna de Él. Porque al darles su poder les ordena que lo usen como lo emplea Él mismo, para el bien de mundo; y al retirárselos les hace ver que toda su majestad es prestada, y que, por estar sentados en el trono, no dejan de encontrarse bajo su mano y suprema autoridad. Así es que no instruye a los príncipes con discursos y palabras solamente, sino que también con hechos y con ejemplos.”

Enriqueta María quedó prometida de Carlos I tras la infructuosa tentativa de éste de contraer desposorios con la casa real española. Verdaderamente en la vida de esta dama se acumularon todas las calamidades vitales que en la vida de una mujer se pudiese imaginar. Quedó huérfana siendo muy niña, su hermano, Luis XIII, la desposa colocándola en una difícil situación, ya que ella católica, va a sentarse en el trono inglés, con la oposición del Parlamento, que desde un siglo antes, había abogado, junto con la monarquía reinante por la Reforma anglicana. Es cierto que la adscripción de la monarquía inglesa al protestantismo, tuvo momentos de oscilación, y éste fue uno de ellos. La reina Enriqueta María asumió un activo papel político desde el plano de la religión, que podríamos considerar inserto en el marco de la Contrarreforma católica.

Bossuet hace hincapié en la raza real francesa, superior a todas las demás coronas del mundo. Se apoya en la historia para subrayar un lejanísimo origen, que arranca de la tardoantigüedad, pasando por los merovingios, Carlomagno y Luis IX de Francia el Santo. Si bien nuestro autor fue considerado uno de los mejores historiadores de su tiempo, hoy por hoy, bajo la óptica de la actual historia, queda fuera de nuestros parámetros de lo que entendemos como interpretación histórica, componiendo una raza real, de muy diferentes momentos y orígenes históricos. No obstante, ésta debía ser una visión tradicionalmente aceptada por el imaginario común, sirviendo a nuestro autor para lograr mayor consagración de la casa real a la que hace apología.

Un elemento de fuerte contraste que enseguida aparece en la lectura de estas oraciones fúnebres está siendo introducido por Bossuet, al dejar señalado con sus escritos, de manera sutil, que, si bien los reyes disfrutaban de la mayor gloria en vida, según se mire desde fuera, han de cargar con un peso infinitamente mayores que el resto de los mortales. También el ejemplo que han de dar los reyes y reinas, es motivo de

carga, puesto que están responsabilizados a una más estricta observancia de las virtudes católicas y de mantener una conducta irreprochable ante sus súbditos.

También de esta manera pasa Bossuet por la vida de una de las hijas de esta reina, Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleáns, fallecida poco después que su madre. Esta princesa, tal vez en su singular condición de, digamos, doble nacionalidad; y por sus particulares dotes de mediadora, fue enviada a Inglaterra a una misión política para obtener un acuerdo secreto. Parece que la duquesa regresó exitosa de su misión, pero halló la muerte al pisar Francia, surgiendo en derredor del suceso la terrible idea de asesinato por envenenamiento, que recorrió la Corte y el reino. Virtudes y méritos de la princesa, fuerte y creyente en su rápida agonía, frente a la inexorabilidad del destino, que está siempre en manos de Dios.

Nueva solicitud de la Corte a nuestro orador, en septiembre de 1683, por la muerte de la esposa de Luis XIV, la reina María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, mujer que fue tan desgraciada como sumisa en la corte francesa. El autor procede aquí a ensalzar al Rey Sol, alabando su grandeza y la del reinado. Repite vehementemente en esta ocasión que

“(…)Dios es el autor de los grandes nacimientos, de los grandes matrimonios, de los hijos, de la posteridad. Él fue quien dijo a Abraham: ‘De ti saldrán los reyes’ (…)”.

Bossuet encuentra en las más antiguas escrituras sagradas, ya, una justificación de la monarquía, del estado de cosas, de la hegemonía francesa. Palabras predicadas desde el púlpito en momentos tan marcadamente emotivos, habrían de tener sin duda, fuerte huella en los presentes, así como siguió teniéndola para muchos lectores posteriores. No obstante, el momento mismo en que se pronunció la oración, debió ser un momento especial, por ser propicio al profundo calado anímico de las ideas que están siendo transmitidas.

No es necesaria una estructuración más detallada de las ideas políticas en las explicaciones de Bossuet, que lucen de forma sincrética en estas oraciones fúnebres. La realidad es la que es, la monarquía francesa, en aquellos tiempos de Luis XIV, es indiscutible, se asienta sólidamente. Tal vez los cimientos de esta realidad, avalados por el poder y por largas generaciones, sólo necesitan ser puntualmente recordados, explicados como algo natural, explicados como algo sin fractura posible, y sólo sujetos a la voluntad y providencia divinas.

La siguiente oración, dedicada a una princesa palatina, se basa más, en razón a la vida de este personaje, en el perdón divino del pecado. Es considerada esta mujer, un alma virtuosa, educada en rígidos preceptos y vida religiosa, que tras probar los placeres de la Corte de Francia, es absorbida por los vicios, el pecado, y la vida regalada durante una etapa. Más tarde, esta princesa, vuelve a adoptar la vida piadosa, y muere finalmente en el seno de Dios. Ofrece esta oración fúnebre, vastos asuntos de meditación a las almas religiosas y a aquellas que desean fijar sus inseguras ideas acerca de los fundamentos de la religión. Algunos autores dicen de ella que es la más sublime de las que escribió Bossuet. El mensaje profundo de la oración es que Dios se reconcilia con los pecadores, a pesar de sus faltas, y los perdona, dando con ello ejemplo a las almas descarriadas, que pueden, haciendo un esfuerzo, volver a la vereda de Cristo.

Es el único discurso del conjunto que está dedicado a un personaje político, no perteneciente estrictamente a la familia real. Se trata del discurso fúnebre en honor del ministro de estado Michelle Le Tellier, canciller de Francia, sucesor de Richelieu y Mazarino. Fue este último quien aconsejó la designación de Le Tellier, como ministro de la guerra a Luis XIV. Este personaje, aunque como hemos dicho no pertenece directamente a la familia real, era el principal ostentador de los títulos y derechos de uno de los principales linajes del entorno de París y Versalles. Se trata de uno de los casos, usuales en la Francia de entonces, de un gran marqués empleado en los asuntos de estado como alto funcionario al servicio del poder real.

En esta oración fúnebre al ministro de la guerra, para que su alma llegue al seno de Dios, Bossuet destaca las virtudes de un buen gobernante. El discurso se centra en tres puntos: 1º, en medio de los honores, Le Tellier se ha mostrado prudente y moderado. Prudencia y moderación. 2º, en la administración de justicia ha sido íntegro. Integridad, honradez. 3º, en medio de las riquezas de la tierra, solamente ha ambicionado las del cielo.

La revocación del Edicto de Nantes ha sucedido varios días antes de la muerte de Le Tellier. Sin duda, esta revocación había sido poco a poco conseguida por diferentes factores. En la corte, Madame de Maintenon y en todo el país, un importante círculo de presión, condicionan a Luis XIV en esta decisión, que sería fatal para la población hugonote de Francia. Después de la revocación, esta población fue exiliada en su mayoría, convertida forzosamente, o condenada a vivir en la clandestinidad, ocultos muchos de sus miembros, en cuevas o montañas aisladas, por no renunciar a su fe.

Al igual que el imperio español, que en la época de su mayor poderío, radicalizó sus posturas para con los elementos de su población y su sociedad que pudieran constituir un foco de disonancia con el poder monárquico y los preceptos de la Iglesia católica; Francia, en el momento de su hegemonía, actúa de forma igualmente férrea y cruel con los disidentes de su reino. Numerosas guerras civiles, sucesivas crisis que tuvieron como foco central el movimiento de la Fronde, varias guerras internacionales sostenidas contra otras potencias... Todo ello, que formaba parte del período de esplendor y mayor problemática, al mismo tiempo, del estado francés y de su corona, contribuye también a la radicalización de las posturas intransigentes.

Vemos como el mismo proceso se produce en las dos potencias, del XVI y del XVII, España y Francia. Sin embargo, esta radicalización es considerada virtud por Bossuet. La revocación del Edicto es vista como cumplimiento de la verdad de Dios, conseguida por los méritos del ilustre personaje fallecido, Le Tellier, que es acogido en los cielos, justo unos días después de haber finalizado su misión más importante en este mundo. Por supuesto, Bossuet no habla del nepotismo del Clan Le Tellier, que también era algo usual entre los círculos de poder de la época; tal vez Le Tellier no precisara enriquecerse a costa del erario público, pero sí consiguió una importante preeminencia política para su familia, que perviviría varias generaciones.

En este, como en los demás discursos, aparecen párrafos que han de resultarnos directamente dirigidos a la conciencia del rey como gobernador principal, recordatorios de la dirección cristiana que ha de primar en su gobierno, debiendo estar siempre alerta a su posibilidad de incumplimiento.

El último discurso es el dado en honor al que parece ser, íntimo amigo de nuestro autor, el Gran Condé, Luis II de Borbón-Condé. Este príncipe en un estadio de su vida, luchó en contra de la Corona, uniendo sus fuerzas a la nobleza disidente. Estuvo plenamente involucrado en varios de los levantamientos de la Fronda, en los que los nobles del país jugaron un papel destacado. De nuevo aprovecha Bossuet la ocasión para tratar este caso como se trata una redención. El príncipe Condé, tío del rey Enrique IV de Francia, retractado de sus errores de juventud y agraciado con el perdón real de su sobrino-nieto, Luis XIV, deja transcurrir mansamente sus días finales en sus propiedades de Chantilly. Fue obligado en su juventud, a pesar de su nacimiento ilustre, a casarse con una de las sobrinas de Richelieu, lo cual sobrellevó no sin enojo, porque se consideraba merecedero de un matrimonio más distinguido.

El editor, en la nota inicial que abre cada oración fúnebre, introduce una carta que fue de la correspondencia que el mismo Bossuet mantuvo con tan célebre personaje. Es una carta en la que Condé se congratula, un par de años antes de su muerte, de la satisfacción del obispo, que ha recibido en su casa episcopal a uno de los operarios de Condé, su fontanero. De la carta se deduce que el obispo ha solicitado al príncipe, en calidad de amigo, este favor, parece que por encontrarse enredado en la terminación de una de sus obras. Este detalle puede ser observado como un gesto de clemencia para con el descarriado, si lo interpretamos como que todas las fracturas están reparadas, en cuanto a sus juveniles errores, y que fue un héroe para la opinión pública. Bossuet, más joven que él, debió conocerle al final de su vida, cuando vivía ya en absoluta privacidad; y parece que el príncipe siempre protegió a nuestro clérigo. Es posible que Bossuet, mucho tiempo después de haber concluido la educación del Delfín, hiciera las veces de instructor para los nietos de Condé.

El príncipe Condé fue uno de los más activos enemigos del ministro Mazarino. A raíz de distintos episodios de la Fronda, de oposición nobiliaria a un sistema de gobierno mixto entre el rey y la Iglesia, que mantenía a la aristocracia en segundo plano, Condé cae prisionero junto con otros muchos nobles, y algo más tarde consigue salir de Francia, manteniéndose durante largos años en exilio voluntario. De vuelta a Francia, los últimos once años de su vida, empero, en su residencia de Chantilly, transcurren fuera de la esfera pública. Un año antes de su muerte, prematuramente envejecido y enfermo, es visitado en su casa por el mismo Luis XIV. Estos últimos años de su vida parece que los pasó dedicados a su familia. Conocemos, por ejemplo, la anécdota de que a pesar del precario estado de su salud, viajó hasta Fontaineblau para cuidar de su nieta, enferma de viruela, padeciendo y debilitándose aún más en el viaje, y murió en aquel lugar. Para honrar a tan gran príncipe, Luis XIV hizo preparar unos funerales realmente solemnes y magníficos, y para embellecer la misa dada en esta ocasión por la familia real, encarga a Bossuet la oración.

Este librito puede servirnos para exploración de los personajes ilustres a los que está dedicado, con amplia información sobre las mujeres de rango real de la época, sus atribuciones y papeles políticos, la complejidad de sus vidas, ligadas en la mayoría de los casos a matrimonios en el extranjero, incluso con monarcas de países tradicionalmente enemigos de los suyos, supeditadas, ellas y sus hijos, a la fuerza del destino histórico.

4.2. Meditaciones sobre el Evangelio

Es éste un librito sobre el que ya hemos dicho algo. Fue escrito por Bossuet, para las religiosas del ya mencionado Monasterio de la Visitación de Santa María de Meaux, especialmente para las religiosas Mme. Cornau y Mme. Albert de Luynes, y algunas otras religiosas que habían rogado esta labor a Bossuet repetidas veces, como él mismo comenta al principio. Bossuet trata pormenorizadamente la última semana de la vida de Jesús, y comienza con un momento grandioso, su entrada triunfal en Jerusalén el Domingo de Ramos. La obra está dividida en fragmentos no muy extensos, que analizan a modo de discurso, cada una de las frases del Salvador, muy en particular, así como las palabras de los apóstoles y el Nuevo Evangelio en general. Tal vez esta estructura facilitara la lectura colectiva entre las religiosas. Son composiciones ampulosas y vehementes, escritas con gravedad pero con brillantes imágenes. Queda la impresión de ser tratada la pasión de Jesucristo a la manera de una gran aventura, cuyo significado profundo desmenuza el autor, que introduce en todas partes un carácter profético e inexorable del mismo. Parece como si el autor quisiera introducir en todos los sentidos, con fuertes imágenes mentales, la gran verdad de la auténtica fe cristiana.

Es como si estuviésemos leyendo la vida de Cristo en el tono de una novela de aventuras, base de grandes enseñanzas; se trata el mundo en sentido completo, su lectura debe satisfacer plenamente, aún si es posible, superar, las ansias de las religiosas, dando explicación a todas las incógnitas y afianzando la fe ante las posibles dudas. Están tratados todos los temas a lo largo del volumen, como los pecados capitales, y algunos pasajes del antiguo testamento muy poderosos como el de Jonás, son adaptados por comparación o superposición, a la historia de Jesucristo. También trata otros pecados, como el de la seducción; o el tema del Apocalipsis, con sus guerras, hambre, peste, terremotos y otros males extremos del momento en que llegue la hora final. Habla de las difíciles cuestiones dogmáticas de la Iglesia católica, como la sagrada Trinidad. En fin, se recrea, con pretexto de la vida de Cristo, en todas las cuestiones que pudieran dar lugar a algún grado de duda respecto a la fe verdadera, engrandeciendo los sucesos de la semana pascual, con respecto a todos los demás hechos históricos, sagrados o profanos. Realmente, aquí, la historia profana es prácticamente eliminada, y tan sólo hay leves referencias a ella de forma tangencial, y en cuanto atañe al Imperio romano; a diferencia que el libro que se escribió para el Delfín. Sí se trata, en cambio, de la historia de los judíos, que sí ha de ser conocida por las religiosas para la comprensión total de la Biblia. Tal vez en la época de nuestro escritor, esta eliminación de ciertos pasajes de la historia, fuera lo corriente en la educación de las mujeres.

4.3. Discurso sobre la Historia Universal

Ésta es una obra escrita por Bossuet, en exclusiva para uso de la familia real, en concreto, del presunto heredero el Gran Delfín, abuelo que sería del primer rey español de familia borbónica, Felipe V, y bisabuelo del futuro rey de Francia Luis XV. Comienza de esta forma:

“Aun cuando fuese la historia lectura inútil para los hombres en general, importaría en alto grado que la leyeran los príncipes (...) Son las acciones del hombre el tejido de la historia, en la cual todo parece dispuesto para el uso de los príncipes (...), nada más provechoso puede emplearse en su instrucción que el de unir con los ejemplos de siglos pasados los hechos que diariamente se atestiguan(...)”

Se trata del mismo argumento pedagógico que ya expuso el griego Tucídides en el siglo IV a.C., la importancia de la historia para la educación de los dirigentes políticos, provenientes de ilustres familias.

Este libro se divide en tres grandes partes:

La primera parte, dividida en doce épocas, enumera los sucesos históricos brevemente, en forma de eje cronológico, y va acompañado de una guía numérica, que comienza en el año 4004 antes de Cristo, época que se considera la creación del mundo, el momento de los primeros padres, Adán y Eva. Después el Diluvio, Abraham, Moisés y la Ley escrita, la toma de Troya. A partir de aquí, el autor comienza a intercalar la historia sagrada hebrea, con la historia griega clásica y la historia romana. La época de Salomón y la terminación del Templo, se engastan con Rómulo y la fundación de Roma, los persas, etc.

Vemos que esta disposición se presenta como clarificadora y consolidadora, como anuncia el propio autor, de las lecciones de historia que ya ha recibido el pupilo. No existe aún la ciencia histórica como tal, ni la arqueología; el estudio de la historia se reserva a eruditos como Bossuet, que tienen acceso a la colección de textos conservados por la Iglesia durante siglos. Para este tiempo, la historia antigua termina con el emperador Carlomagno.

En la segunda parte, titulada *La Sucesión de la Religión*, el hilo narrativo comienza de nuevo por el comienzo, adentrándose en detalles que hubieran creado confusión introducidos en el eje cronológico anterior, que precisaba de mayor brevedad. Se trata de un resaltado cualitativo más extensivo, con objetivos moralizantes, que dan demostración de la autenticidad de la religión católica como la verdadera religión, la que ha de seguir el pueblo de Cristo.

Bossuet hace un repaso de la historia de Israel y de los judíos, enumerando sus faltas, sus castigos, sus venganzas por la mano de Dios. También se detiene en reflexiones sobre los errores del paganismo y de las religiones clásicas, griega y romana: *“Amores, crueldades, envidias, excesos de toda especie eran asunto de sus fiestas y sacrificios, de los himnos que se cantaban y de las pinturas consagradas en los templos. El crimen era, pues, adorado y se le creía necesario al culto de los dioses (...) Un espíritu raro dominaba a los griegos cuando se ocupaban en cosas religiosas, abandonándoles hasta su natural talento(...)”*.

Más adelante trata sobre el escepticismo de judíos y paganos a la llegada del Mesías. De esto dice que tras el cumplimiento de todas las profecías *“ha aparecido en fin Nuestro Señor Jesucristo con todos los caracteres reconocidos por la tradición de los judíos, cuya incredulidad no puede encontrar excusa de ninguna suerte... Por esta razón (...) observamos señales indudables de que figuran en el número de los réprobos. Después de Jesucristo no han hecho otra cosa que hundirse más profundamente en la ignorancia y la miseria, de las cuales cuando llegue el tiempo fijado por la Providencia divina como fin del castigo de su ingratitude, y cuando su orgullo esté domado, saldrán por la fuerza extrema de sus padecimientos, por la vergüenza que les cause el haber sido por luengos tiempos presa del error, y mas que todo esto por la bondad de Dios que les sacará de tan lamentable estado. Hoy siguen siendo objeto del ludibrio de las*

naciones y su aversión, sin que a pesar del largo cautiverio que han sufrido abran los ojos y se den por convencidos (...)”

Efectivamente, al ser la Edad Moderna en Europa, una etapa en la que se radicalizan, e incluso podríamos decir que se institucionalizan las posturas religiosas y la fe católica se presenta indisoluble del divino poder real, es también momento en que contra los judíos se extreman las medidas antisemitas. Es el momento de máximo rigor de la limpieza de sangre en España. Aunque los judíos hubieran sido expulsados mucho tiempo antes por los Reyes Católicos, existían comunidades judías que aún practicaban su fe en secreto, aún habiendo recibido el bautismo cristiano, y actuaban como judaizantes sobre los mismos cristianos. Para apoyo de esta idea, podemos citar algunas obras del profesor Antonio Domínguez Ortiz, como *Estudios de Historia Económica y social de España*, siglos XVI y XVII, o *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, que aunque dedicadas concretamente a la historia de España, dejan entrever los problemas del pueblo judío, también acosado desde la Corona en Portugal, por ejemplo.

Según Henri Pirenne en *Mahoma y Carlomagno*, los judíos se habían asentado firmemente en Europa desde el final del imperio romano, cuando ya se les ve como prestamistas de las esferas públicas, sobre todo en municipios y provincias. La Edad Media fue una época de esplendor económico para los judíos, por ser integradores de la única red internacional de comercio de Europa central y occidental, existente a partir del imperio de Carlomagno; así como de una red financiera, igualmente internacional. Los judíos eran protegidos por los monarcas, que dependían de sus empréstitos para mantener sus coronas y sus guerras en muchos casos. También para que veamos la evolución desde esta etapa de esplendor medieval hacia el profundo antisemitismo que removió a los judíos de toda Europa mediante persecuciones, Inquisición y expulsiones en la Edad Moderna, es muy útil la obra del maestro Werner Sombart, *El Burgués*, ya citada. En ella se detalla cómo los negocios y la lógica capitalista, hunden sus raíces en los más antiguos tiempos de este pueblo, que, cuando toda Europa sigue aún viviendo en el precapitalismo medieval, ya funciona bajo parámetros puramente capitalistas. En efecto, la religión mosaica y la tradición más antigua, permite el préstamo con interés, abriendo sobre todo la permisividad en el abuso de intereses en el préstamo a extranjeros, es decir, no judíos. Esta característica de su religión se nos presenta como clave para comprender la historia de este pueblo, ciertamente adelantado en los sistemas contables y especializado en los negocios capitalistas de gran envergadura.

En fin, como consecuencia de los tiempos y de la mentalidad del momento, si bien Bossuet reverencia a los judíos, como salvaguarda de la fe al verdadero Dios antes de la llegada de Jesucristo, no escapa del antisemitismo y vaticina serios castigos para esta comunidad.

Incluye el autor un largo capítulo sobre el conocimiento racional y científico, y hace hincapié que nada puede la humana sabiduría sobre la divina, que es impenetrable en sí misma, y se declara por medio de sus efectos. Bossuet habla de las diversas formas de idolatría, sobre las que la Iglesia ha salido triunfante, y esto lo hace a través de la historia de los emperadores romanos, paganos, cristianos, apóstatas... Hace parada en las distintas profecías bíblicas y en su cumplimiento...

Otro de los ensayos que se incluyen en esta segunda parte, trata de demostrar la antigüedad de los libros de los judíos y la justificación, con la demostración de su veracidad, de la procedencia directa de Dios de los primeros libros de la Biblia. Esto es situado por Bossuet en el comienzo de los tiempos, ya que, según su cronología de creación del mundo en 4004 a.C., casi desde el comienzo, Dios entregó a los hombres la Ley verdadera, depositada en el pueblo judío, que habría de conservarla, no sin fallar muchas veces en la obediencia a Dios. La guarda y custodia de la religión verdadera por los judíos, cesa al comenzar la era de Cristo, el Salvador, siendo el cristianismo la religión que ha de tomar el relevo en cercanía al auténtico y único Dios.

Todas estas concepciones, componen un denso tejido, ya que se ocupan de perfilar los lugares oscuros de la doctrina y del orden de cosas, señalados para ser resueltos. No hay nada que pueda resultar dudoso, en lo que Bossuet no se detenga y explique. Se trata de una profunda labor de exégesis, un intento por llenar los espacios vacíos, algo así como un intento de que no existan fisuras en el joven espíritu real al que alecciona, como si no quisiera dejar hueco para otras ideas perniciosas que pudieran anidar en un futuro en el pupilo. El amplio conocimiento de Bossuet sobre las sagradas escrituras y sobre la historia, tal como se entendía en su tiempo, se pone a disposición del real estudiante, en una labor de síntesis y de doctrina que pretende infundir conocimientos tempranos contra los que será muy difícil rebatir argumentos que lleguen a lo hondo del espíritu del que podría ser futuro rey. Las lecciones son de alguna forma herméticas, y en algunos momentos un tanto claustrofóbicas, ya que el conocimiento o la investigación no son un fin en sí mismo, y la historia está al servicio de la Providencia divina. El discípulo se prepara para una labor de gobierno, por tanto, los fundamentos de su formación han de ser sólidos, para evitar flaquezas posteriores, como se ha visto ya en otros monarcas europeos, que han equivocado la fe, pasándose a la Reforma. Los recursos del conocimiento se presentan tan íntimamente ligados a la fe católica, que es muy difícil poner a ésta en cuestión en ningún momento del discurso.

La tercera y última parte del libro, se titula *Los Imperios*, y se articula también desde una visión donde el poder y la gloria terrenos, encuentran fuertes sujeciones a la hora de supeditarse a la voluntad de Dios, ya que por eso han sido creados por él.

Bossuet comienza esta última parte del libro de esta forma: *“Si bien no existe cosa comparable a la historia de la verdadera Iglesia que os he mostrado, la de los Imperios que voy ahora a poneros ante la vista no es menos provechosa, no sólo para los grandes príncipes, como vos sois, sino también para los particulares que ven en esos grandiosos sucesos los designios de la Divina Providencia”*. El autor demuestra al lector cómo esta Providencia gobierna las revoluciones de los imperios que sirven para humillar a los príncipes. Comienza con los antiguos imperios asirio y babilonio, que sirven a Dios para castigar a su pueblo; sigue con los persas, con Alejandro, con el Imperio romano; afirma que la dominación romana sirvió a Dios como medio poderoso para difundir el Evangelio, aunque de los romanos acaecieron trescientos años de persecuciones, hasta que el cristianismo penetra también en los emperadores. Finalmente, Bossuet concluye:

“Recordad, Monseñor, que de los secretos designios de la Divina Providencia depende este largo encadenamiento de causas particulares, que elevan o derrumban los imperios. De lo alto de los Cielos guía Dios todos los reinos, en su mano están los corazones (...) Él prepara los efectos valiéndose de lejanas causas y asesta los golpes

cuya resonancia alcanza a largo tiempo y largas distancias; cuando quiere destruir los imperios, todo aparece débil e irregular en los acuerdos de los gobernantes (...)”

Tal vez, más que una filosofía política claramente estructurada y definida, podríamos hablar de una ideología política implícitamente contenida en la obra de Bossuet. Cuando a la razón se escapan ciertos misterios o giros históricos, la Providencia divina viene a justificarlo todo. A veces las exégesis son más o menos forzadas desde el punto de vista de la lógica o de lo que hoy día entendemos por el conocimiento de la historia como tal; pero Bossuet tiene en cuenta estos parámetros contradictorios e introduce numerosos apartados para explicarlos lo más coherentemente posible, no dudando en poner en conexión sucesos históricos, naturalmente separados entre sí por la óptica histórica actual.

Digamos que las conexiones históricas de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo, que conformaron las más antiguas civilizaciones de Europa, es decir, el Creciente Fértil, Egipto, Grecia, el imperio de Alejandro, y más tarde Roma; estudiadas hoy día desde las bases de la arqueología y la asepsia científicas, son aprovechadas por Bossuet de una forma altamente mediatizada. Es la utilización de la historia como justificación del poder de la Iglesia sobre los hombres, y más concretamente sobre los imperios y los reyes.

Era pues, esta educación tan estricta en la historia como Providencia divina, un arma de doble filo para los reyes. Les da herramientas para justificar su poder absoluto y sus privilegios, pero los deja en manos de Dios y de la Iglesia, que es el máximo representante de su autoridad en la Tierra.

4.4. Variaciones de las Iglesias Protestantes, Vol. 2

Es un extenso volumen donde el autor desmenuza y enumera exhaustivamente, cada una de las religiones que surgen de la Reforma protestante. Está dividido cronológicamente, con un extenso tratado insertado entre los libros décimo y duodécimo, donde estudia minuciosamente los grupos de herejías de tiempos precedentes, de las que algunos reformados pretenden proceder:

Libro décimo, de 1158 hasta 1570. Comienza con Isabel I de Inglaterra, y la forma en que se fue consolidando el anglicanismo; habla de la controversia de las imágenes, el papel del papa Paulo IV y las presiones del Parlamento. Isabel I creyó que no podría gobernar bajo el catolicismo. Más tarde trata de los problemas internos de Francia, como la conjuración de Amboise.

Libro undécimo. Relata las historias de albigenses, valdenses, viclefitas y husitas; la historia de los nuevos maniqueos, llamados los herejes de Tolosa y de Albi; profundiza en la historia de los valdenses, la de los hermanos de Bohemia, que eran una secta diferente a los valdenses; profundiza en las historias de Juan Viclef, Juan Hus y sus discípulos, que se dividen en taboritas y calixtinos. Habla de los hugonotes, calvinistas, zwinglianos, socinianos, ubicuistas, arrianos y nestorianos; analiza muy detenidamente las ramas maniqueas de paulicianos (Armenia), búlgaros, cátaros (Italia), priscilianistas (España) y franceses de Aquitania.

Libro duodécimo, de 1571 a 1615. Incrementa la desunión entre los reformados. Francia se perturba también con la Reforma y se aúna a los suizos. Se intenta conseguir un concilio protestante de Francfort. Historia de Piscator. Falta de solidez y formalidad en la Reforma.

Libro decimotercio. Doctrina sobre el ‘Antecristo’ y variaciones sobre esta materia desde Lutero hasta nosotros.

Libro decimocuarto. Desde 1601 hasta fines del siglo XVII. Trata sobre un libro del ministro Jurieu sobre la unión de los calvinistas con los luteranos. Recriminaciones y respuestas del ministro Jurieu a las blasfemias de Lutero.

Libro decimoquinto. Variaciones obre el artículo del símbolo. Firmeza, uniformidad y constancia de la Iglesia católica opuestas a las variaciones de las iglesias protestantes. Trata sobre la afirmación de sus antiguos dogmas por la Iglesia católica, en el concilio de Trento, sobre lo gratuito de la gracia, detestación de la doctrina de la predestinación, estabilidad de la Iglesia ante las nuevas convulsiones, falta de certeza de la salvación y de la justicia, claridad de las decisiones de la Iglesia, imágenes, el culto en general, excusa de ambigüedad del Concilio de Trento, perpetua visibilidad de la Iglesia.

Se trata, como antes apuntábamos, de un estudio histórico exhaustivo, acompañado de un paciente y delicado análisis de todas las herejías que se dan en Europa desde mediados del siglo XVI, aunque hace incursiones en herejías más antiguas, como la de los valdenses. Esto lo hace para rebatir los argumentos de los reformados, que quieren hacer subir, según el propio Bossuet dice, un par de siglos su historia. Nos gustaría observar que es en este libro, donde nuestro autor hace gala de mayor rigor histórico y científico, si es que pudiésemos aplicar estos términos a un erudito de la época que estudiamos, sin caer en anacronismo.

El obispo no vitupera en ningún caso, ni desacredita sin demostración oportuna ninguna de las cuestiones planteadas por los reformados ni a ellos mismos. Se deduce de las plácidas pero firmes exégesis, así como también percibíamos este punto en el libro de historia que escribe para el Delfín que ya hemos comentado, que el pensador tiene la idea de que es posible reconducir a los descarriados a la senda de la Iglesia verdadera, con argumentos sólidos y probados, mediante la razón y la investigación. Fue esta, sin duda, una esperanza que albergaba el imaginario colectivo en general en estos momentos. La Reforma sigue avanzando, pero después que pase este temporal, la única que quedará, será la Iglesia romana, la única verdadera. No trata igual Bossuet, a los musulmanes, que considera del todo apartados de la creencia correcta ya desde su formación como pueblo e imperio en época medieval. Sin embargo, todos los medios de piedad y comprensión son desplegados contra los reformados, a los que trata de corregir pacientemente.

5. Conclusiones

No será hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando con Ranke, y su positivismo histórico, queden totalmente descartadas del ámbito del estudio de la historia, visiones como la de Bossuet.

Es importante observar, que esta visión pervive durante mucho más tiempo, tanto en la educación, como en la vida religiosa diaria. Los parámetros básicos de esta visión histórica han llegado por ejemplo en España, hasta los albores del siglo XX, y fueron reintroducidos de nuevo en el sistema educativo, durante el régimen de Franco.

Para los libros *Variaciones...* y *Discurso sobre la historia...*, las ediciones que hemos manejado son de 1860 y 1880 respectivamente. Puede que estos libros conociesen alguna edición posterior, pero no vendríamos descabellados al pensar que éstas que conservamos en nuestra Biblioteca General, fuesen de las últimas publicadas en español.

El primero, *Variaciones...*, es editado por la Librería Religiosa, imprenta de Pablo Riera; aunque contiene un resellado de Librería Religiosa, calle Aviñó 20, Barcelona. La traducción es llevada a cabo por un presbítero, D. Juan Díaz de Baeza, es decir, el libro está estrechamente supervisado por la Iglesia. Hay una nota en la página 2, que reza, como reclamo publicitario: “*Varios Prelados de España han concedido 2400 días de indulgencia a todos los que leyeren u oyeren leer un capítulo o pagina de cualquiera de las publicaciones de la Librería religiosa.*”

¿Quiere decir esta anotación preliminar, que en esta segunda mitad del XIX, la afición a las lecturas religiosas escaseaba, y necesitaba de estímulo?

El segundo de los mencionados, *Discurso sobre la historia...*, es editado en Barcelona, por la Imprenta Barcelonesa, calle de las Tapias, núm. 4; en 1880. También presenta un mensaje en la 2ª página, pero éste, de una edición veinte años posterior, solamente enuncia: “*Con aprobación de la autoridad eclesiástica*”.

Es posible que estos dos libros fuesen, en el conjunto de la obra de Bossuet, los que antes quedasen desfasados, algo que podemos deducir por sus lejanas fechas de edición.

Sin embargo, los dos libros restantes, *Oraciones Fúnebres y Meditaciones...*, fueron publicados respectivamente en Buenos Aires, 1946; y Barcelona, 1955. El primero de ellos es una edición de bolsillo, como hemos dicho, pero realmente económica de la colección Austral, el único en tapa blanda del conjunto que hemos manejado, publicado por la internacional ya en aquella época, editorial Espasa-Calpe,. S.A. El año y fecha de publicación, 1946, nos ponen en contacto directo con el establecimiento de buenas relaciones del régimen de Franco con Argentina en la época de la autarquía. Es el año del ascenso a presidente del general Perón. Es el único de los tres libros que no presenta ninguna frase acreditativa de la supervisión eclesiástica. El libro presenta un índice apresurado en la tercera página. Cada oración fúnebre es precedida por unas noticias biográficas de cada personaje, un tanto vagas a veces, o que clarifican o aportan poco, sobre lo que ya está expuesto en los originales. A veces,

también un pequeño análisis literario. Parece que se trata de unos añadidos editoriales, pero carentes de firma o de ninguna señal que nos pueda indicar quién ha sido el autor.

Las *Meditaciones...*, vuelven a estar editadas en Barcelona, por Artes Gráficas Rafael Salvá, calle Casanova, 140; y mantienen en la 2ª página, como es tradicional, una frase que certifica la supervisión de la Iglesia católica. Esta vez, la expresión es “*Con licencia de la autoridad eclesiástica*”.

La tardía publicación de estas obras, nos pone en evidencia que la literatura puramente religiosa de Bossuet, se mantuvo vigente hasta mediados del pasado siglo como mínimo, fecha de las ediciones. Esto quiere decir, que en el imaginario colectivo, muchas de las ideas, imágenes y enseñanzas de Bossuet, han permanecido activas en nuestra sociedad, a la manera de las ‘tejas viejas’ de Vovelle. Las pervivencias y restos de las mentalidades más antiguas, van reconfigurándose dentro de una estructura de ‘tejas nuevas’. Las ‘tejas viejas’ quedan como islotes aislados, fragmentados, que, si bien han perdido su significado global y su imbricación total con el mundo presente; mantienen parte del espíritu de lo antiguo mediante la evocación de viejos ecos, o la gala de los hábitos pasados, las costumbres. Sobreviven en algunos recónditos rincones de la conciencia colectiva, donde no han podido ser destituidos o totalmente eliminados. ¿Por qué si no, provocan sentimiento de rechazo o hasta de aprisionamiento, provocan fuertes reacciones, ideas que hace casi cuatro siglos, eran de obligado acatamiento por el común de los católicos? Es por esto, que aún pervive cierto conocimiento de ellas en las ideologías del presente y en el tupido tejido de la mentalidad colectiva. Mencionemos, no más, para terminar, la corriente investigadora del Creacionismo, actualmente vigente en Europa y muy activa en Estados Unidos de América, que no hace, sino buscar una explicación de los orígenes del Universo, de la misma manera que lo hicieron Bossuet y otros historiadores, en la santa Biblia.

6. Bibliografía

Además de los libros mencionados a lo largo de este trabajo, también han sido utilizados los apuntes del profesor D. Juan Félix Sanz Sampelayo, de las siguientes asignaturas: *Método y técnicas de investigación histórica en la actualidad I*, del curso 2007-2008; e *Historia Moderna de España*, del curso 2008-2009, impartidas en nuestra facultad.

También para elaborar la biografía de Bossuet, hemos consultado algunas páginas de Internet, basadas en: Victor Vaillant, *Etudes sur les sermons de Bossuet*, 1851; y Thérèse Goyet, *L'Humanisme de Bossuet, le goût de Bossuet*, 1965.

Parte de los prólogos y secciones de los libros del autor, analizados.

Francia

siglo

XVII

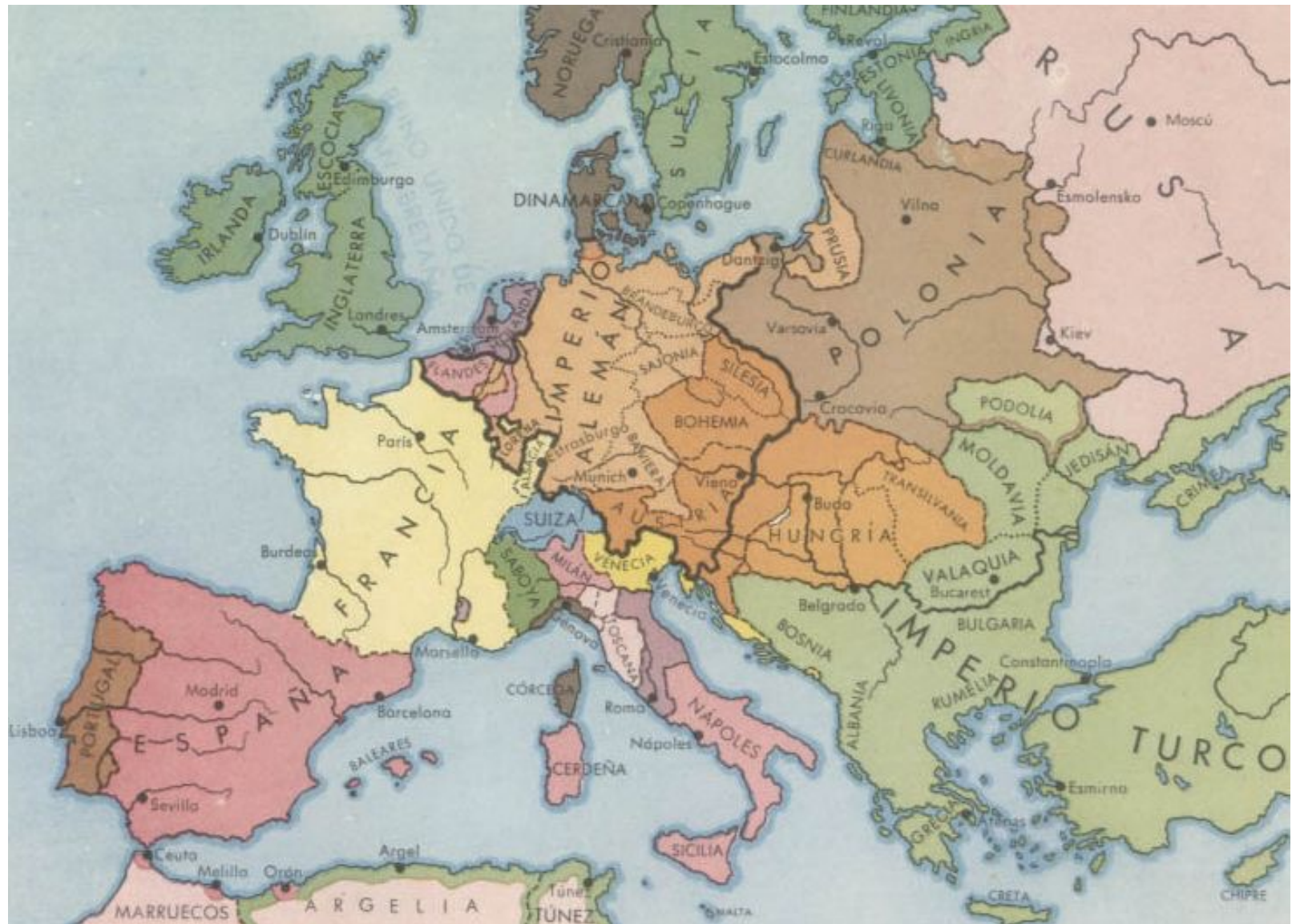
Luis XIII y Ana de Austria



«L'État, c'est moi»



Europa tras la Paz de Westfalia 1648



Tratado de los Pirineos 1659



Situación interna

- La Fronda 1642-1652
- El quietismo
- Revocación del Edicto de Nantes 1685

María Teresa de Austria



Madame de Maintenon



El Gran
Delfín



Guerra de Sucesión Española 1701-1713



Batalla de Almansa

Felipe V de España



Luis XV de Francia



Jacques Bénigne Bossuet

- Dijon 1627 – París, 1704
- “Señor:
*Aquel que reina en los cielos,
y del que dependen todos los imperios;
aquel del que únicamente dependen la
majestad y la independencia,
es también el único que se glorifica
dictando ley a los reyes,
y dándoles grandes y terribles
lecciones”.*



François Fénelon

- Perigord 1651 – Cambrai, 1715
- *“El que no ha sufrido no sabe nada;
no conoce ni el bien ni el mal;
ni conoce a los hombres
ni se conoce a sí mismo”*
- *“Jamás es perdido el bien que se hace”*



Fuentes documentales para este trabajo

Obra de Bossuet en español en la
Biblioteca general de la Uma

Oraciones Fúnebres

Discurso sobre la historia universal

Meditaciones sobre el evangelio

Variaciones de las iglesias protestantes

